

El papel del Sumo Sacerdote (5.1–4)

¹Porque todo sumo sacerdote tomado de entre los hombres es constituido a favor de los hombres en lo que a Dios se refiere, para que presente ofrendas y sacrificios por los pecados; ²para que se muestre paciente con los ignorantes y extraviados, puesto que él también está rodeado de debilidad; ³y por causa de ella debe ofrecer por los pecados, tanto por sí mismo como también por el pueblo. ⁴Y nadie toma para sí esta honra, sino el que es llamado por Dios, como lo fue Aarón.

Hoy es difícil imaginarse todo el poder, la gloria, la pomposidad, el esplendor y la estima asociados con el sumo sacerdocio del antiguo judaísmo. De acuerdo a la opinión de Josefo, ese puesto constituía el honor más elevado.¹ La descripción de James Burton Coffman que a continuación leemos resulta útil:

No hay duda de que el esplendor terrenal del sumo sacerdote judío constituía un factor de influencia seductora para los cristianos, especialmente los que tenían una formación judía. Sus vestimentas suntuosas, el pectoral con sus extravagantes adornos, el privilegio único de entrar al lugar santísimo en el día de la expiación, su posición como juez y presidente del Sanedrín, su impresionante influencia como representante oficial de la nación judía (especialmente cuando no tenían rey), la descendencia tradicional del puesto de parte de los hijos de Aarón que llegaba hasta el Éxodo, y el respeto que con recelo tenía el puesto, incluso de parte de los conquistadores romanos: todo lo anterior y muchas otras cosas elevaban el sumo sacerdocio judío a una posición de esplendor único ante los ojos del pueblo.²

Pese a que el pueblo judío por lo general sentía

¹Josefo *Guerras* 4.3.6, 10.

²James Burton Coffman, *Commentary on Hebrews (Comentario sobre Hebreos)* (Austin, Tex.: Firm Foundation Publishing House, 1971), 97–98.

desprecio por Herodes, llegaron a admirar, con recelo, su labor al reconstruir el templo con una belleza sin rival desde los días de Salomón. El honor atribuido al sumo sacerdote estaba relacionado con el prestigio del templo.

Los apóstoles de Jesús deseaban que Él admirara el templo como lo hacían ellos (Mateo 24.1, 2). El punto de vista de los apóstoles en cuanto al sumo sacerdote cambió no solamente al haber estado con Jesús, sino también mediante la autoridad recibida del Espíritu Santo. Habiendo recibido poder de parte del Espíritu, los doce hombres de Galilea rápidamente adquirieron el valor para estar ante el sumo sacerdote y su corte, con el fin de defender su nueva fe; una fe que creía en el hecho de que la Ley había desaparecido con la cruz (Hechos 1.6–8; 2.1–4; 4.13). Habían adquirido una nueva perspectiva acerca del sistema mosaico.

¿Qué función cumplía el sumo sacerdote? Observemos ese papel con relación al «gran sumo sacerdote», Jesús.

EL SUMO SACERDOTE, UN MEDIADOR (5.1, 2)

La necesidad de un sacerdote supone una división entre el hombre y Dios. Tenemos un problema para llegar a Dios: Este problema lo constituye el pecado, el cual nos separa de Dios (Isaías 59.1, 2). En un sentido, todos los cristianos son sacerdotes de Dios (1ª Pedro 2.5, 9). Por otro lado, es indispensable tener un Sumo Sacerdote que nos permita acceso total al Padre cuando nos esforzamos en adorarle y obtener Su misericordia. Necesitamos un intercesor que conozca a Dios, que tenga una íntima relación con Él y que entienda nuestros errores. No podríamos tener esa relación directa e íntima con Dios sin nuestro Sumo Sacerdote, Jesucristo.

Las declaraciones acerca del sumo sacerdote

y su labor en 5.1–4 están en tiempo presente. Los servicios del templo ofrecidos por él aún seguían disponibles. Sin embargo, ese sistema de adoración dejó de ser necesario, en vista de que todos los sacrificios realizados bajo el mismo habían sido cumplidos en Jesús. Por lo tanto, necesitaban ser removidos permanentemente.

EL SUMO SACERDOTE, ALGUIEN DIVINAMENTE NOMBRADO Y COMPASIVO (5.1, 2)

El honor que los judíos creyentes le daban a su sumo sacerdote prácticamente hacía necesario que los cristianos entendieran la forma en que Cristo reemplazó esa función. Tenían que entender que Jesús suplantaba al ordinario y humano sumo sacerdocio al proveer un Sumo Sacerdote celestial que superaba por mucho lo que proveía la Ley.

El sumo sacerdote terrenal había de ser un hombre de entre los hombres. Por ser el que había de ofrecer los sacrificios por el pecado, tenía que ser capaz de relacionarse pacientemente con los ignorantes y extraviados.³ Los sacerdotes provenían de la familia de Aarón (Éxodo 29.9); el sumo sacerdote tenía que ser escogido, llamado y nombrado por Dios. Algunos sumos sacerdotes parecían recibir el oficio por herencia, sin embargo, aún tenían la aprobación de Dios.

Las dos características más básicas de un sumo sacerdote consistían en una naturaleza humana compasiva y un nombramiento divino. Hebreos demuestra que Jesús reunía ambos requisitos para el sacerdocio. Él siente nuestros dolores (4.15). Es el más compasivo de todos los sacerdotes. Nos entiende porque, aunque no pecó, continuamente se veía enfrentado con «atractivos siniestros e insinuaciones sutiles».⁴

En el contexto más amplio de 5.1–10, Hebreos elabora en la verdad del Sumo Sacerdocio de Jesús y en el evento principal en el que esta posición fue manifiesta, a saber: Su muerte en la cruz. Hebreos 7.1–10.18 explica en detalle la naturaleza de Su labor sacerdotal. Ningún otro libro neotestamentario asevera de manera explícita que Jesús es Sumo Sacerdote.

Jesús es el Sumo Sacerdote escogido por Dios y nombrado en beneficio del hombre. Obviamente, fue escogido por Dios para hacer la obra de Dios, y

³ Para más información sobre «los ignorantes y extraviados», vea el análisis de 5.4.

⁴ Raymond Brown, *The Message of Hebrews: Christ Above All (El Mensaje de Hebreos: Cristo está sobre todo)*, *The Bible Speaks Today* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1982), 97.

cumplió con Su labor mientras estuvo en la tierra (Juan 17.4). Fue escogido por Dios y nombrado por Dios. El sistema judío no funcionaba sin el sumo sacerdote, en vista de que era parte esencial de ese pacto. También era vital debido a que el hombre que ocupaba ese puesto servía como un tipo de Cristo; sus funciones presagiaban la era cristiana.

EL SUMO SACERDOTE, ALGUIEN QUE HACE SACRIFICIO POR EL PECADO (5.3)

Un tema en Hebreos lo constituye la ofrenda de los sacrificios (vea 5.1). La palabra *προσφέρω* (*prospheerō*, «ofrecer un sacrificio») aparece veinte veces en Hebreos.⁵ La forma verbal no aparece en ningún lugar en los escritos de Pablo, aunque este sí se refirió al sacrificio de Cristo. La razón de la diferencia podría ser que en Hebreos el concepto aplica mayormente a las funciones del sacerdote y al del sumo sacerdote, aunque en tres ocasiones, es aplicado a la labor de Cristo (9.14, 25, 28).

Los sacerdotes, y el sumo sacerdote en particular, ofrecían «ofrendas y sacrificios por el pecado», especialmente en el día de la Expiación. Las «ofrendas» presentadas eran inanimadas (libaciones de aceite y ofrendas de comida); los «sacrificios» eran sacrificios de animales, esto es, criaturas muertas.⁶ La naturaleza misma del sacerdocio incluía el ofrecimiento de sacrificios, sin embargo, Jesús se ofreció a Sí mismo al actuar como nuestro Sumo Sacerdote.

No hemos de llamar «sacerdote» a un ministro del evangelio en este sentido, porque no ofrece ningún sacrificio ni rocía sangre. La Iglesia Católica Romana cree que sus sacerdotes ofrecen sacrificios de forma continua en el «sacrificio de la Misa», alegando que la «hostia» (el pan) se convierte en «el cuerpo mismo de Jesús» mediante las palabras expresadas por un sacerdote que ha sido ordenado. Sin embargo, la Palabra de Dios no enseña tal punto de vista. Los ministros del evangelio predicán la Palabra. No ofrecen sacrificios por el pecado, pues Cristo se ofreció a Sí mismo como nuestro sacrificio por el pecado una vez para siempre.

⁵ Donald A. Hagner, *Encountering the Book of Hebrews: An Exposition (Encuentro con el Libro de Hebreos: Una Exposición)*, *Encountering Biblical Studies* (Grand Rapids, Mich.: Baker Academic, 2002), 82.

⁶ Thomas Hewitt, *The Epistle to the Hebrews: An Introduction and Commentary (La Carta a los Hebreos: Introducción y comentario)*, *The Tyndale New Testament Commentaries* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1960), 95; Donald Guthrie, *Hebrews (Hebreos)*, *The Tyndale New Testament Commentaries* (Grand Rapids, Mich.: InterVarsity Press, 1983), 125.

Debido a sus debilidades pecaminosas, los sacerdotes antiguotestamentarios ofrecían sacrificios por sí mismos como también por el pueblo. Muchos escritos judíos de la antigüedad contienen descripciones del glorioso atavío del sumo sacerdote, sin embargo, su verdadero atavío lo constituía su «debilidad».⁷ Siendo él mismo un pecador, el sumo sacerdote podía tener compasión de «los ignorantes y extraviados» (vers.º 2).⁸ Necesitaba ser compasivo para no ser tan severo en su juicio. La palabra «paciente» significa «con compasión». El verbo griego que se usó en este pasaje es *μετριопαθέω* (*metriopatheō*). Para los griegos, significó el estado ideal entre el enojo excesivo y la apatía; justamente la medida correcta de preocupación.

Pese a que Cristo, como Sumo Sacerdote, no tiene debilidades, se compadece de nuestras debilidades (4.15; 7.28). Fue un «varón de dolores, experimentado en quebranto» (Isaías 53.3). Superó al sumo sacerdote antiguotestamentario en todo aspecto, particularmente al demostrar compasión. Jesús en efecto trató con paciencia al ignorante, así como lo ilustró el autor inspirado en 2.18 y 4.15.

La paráfrasis de Thomas Hewitt en cuanto a los sumos sacerdotes antiguotestamentarios es apropiada, pues dice:

Por lo tanto, es necesario que evite ser excesivamente severo, pues él mismo está bajo la misma condenación; sin embargo, como representante de Dios, no puede ser muy tolerante, pues Dios jamás pasa por alto el pecado.⁹

La Ley previó para los pecados cometidos de forma ignorante, y se ofrecía compasión cuando alguien no sabía que había pecado (Levítico 4.1–12; 5.14–16; 15.27–29). Sin embargo, no había un verdadero arreglo para el que pecaba en rebeldía deliberada (vea, por ejemplo, Números 14.29–31; 15.30, 31; compare con Hebreos 10.26–29). El castigo tam-

⁷ Se dan varias fuentes en Craig R. Koester, *Hebrews: A New Translation with Introduction and Commentary* (*Hebreos: Una nueva traducción con introducción y comentario*), The Anchor Bible, vol. 36 (New York: Doubleday, 2001), 287.

⁸ La siguiente es una oración antigua que el sumo sacerdote ofrecía por sí mismo y su familia: «Oh, Dios, he cometido iniquidad, transgredido y pecado delante de Ti, yo y mi casa y los hijos de Aarón, Tu pueblo santo. Oh, Dios, perdona, te pido, las iniquidades y transgresiones y pecados que he cometido y transgredido y pecado contra Ti y mi casa» (Midrash Yoma 4.2; citado en Gareth L. Reese, *A Critical and Exegetical Commentary on the Epistle to the Hebrews* [*Comentario crítico e interpretativo de la Carta a los Hebreos*] [Moberly, Mo.: Scripture Exposition Books, 1992], 73, n. 15). Lo anterior era pronunciado justo antes de atravesar el velo del templo.

⁹ Hewitt, 96.

bién es infligido al ignorante, pese que tal vez no esté consciente de su condición de perdido (vea Lucas 12.47, 48). No obstante, «Cristo expió todos los pecados, tanto los voluntarios como los involuntarios».¹⁰

Al decir «ignorancia», los judíos querían decir más que algo no conocido, esto es:

Incluyeron pecados que eran cometidos involuntariamente o pecados cometidos sin tener conocimiento de su naturaleza específica. También incluyeron pecados que eran cometidos por pasión o en un momento de gran tentación.¹¹

Solo Dios puede determinar si un pecado ha sido cometido por «ignorancia». Puede que se nos haga difícil entender cómo es que los judíos, que habían visto los milagros del Señor, podían todavía ser catalogados como que, según leemos: «no saben lo que hacen» (Lucas 23.34), sin embargo, Jesús los puso en la categoría de «ignorantes». Todavía podían ser perdonados por el medio que Dios proveyó. Naturalmente, el arrepentimiento era necesario. Esto fue lo que Pedro anunció a los que habían crucificado al Señor, cuando preguntaron: «Varones hermanos, ¿qué haremos?» (Hechos 2.36–38).

Aarón tuvo que ofrecer sacrificios por él mismo como también por el pueblo (Levítico 9.7; 16.11, 17). La superioridad de Cristo se hace evidente en el hecho de que no tuvo que hacer un ofrecimiento por Sus propios pecados (Hebreos 5.3; 7.27), pues no tenía pecado alguno (1ª Pedro 2.21, 22; vea Isaías 53.9).

EL SUMO SACERDOTE, ALGUIEN CON UN LLAMAMIENTO DIVINO (5.4)

El versículo 4 señala otra característica del sumo sacerdocio, a saber: Nadie podía nombrarse a sí mismo, sino que tenía que ser escogido por llamamiento divino. Como Sumo Sacerdote, Jesús aceptó el nombramiento de Dios. No se escogió a Sí mismo ni lo hizo ningún hombre, fue escogido por Dios.

Puede que la idea anterior haya constituido una amonestación un poco disimulada de la legitimidad de los sumos sacerdotes del momento, quienes en su mayoría eran a menudo escogidos por Herodes o las autoridades romanas.¹² A veces, usaban el soborno para conseguir el puesto, y muchos eran conocidos por su corrupción. Este no había sido

¹⁰ Koester, 286.

¹¹ James T. Draper, Jr., *Hebrews, the Life That Pleases God* (*Hebreos, la vida que agrada a Dios*) (Wheaton, Ill.: Tyndale House Publishers, 1976), 115.

¹² Josefo *Antigüedades* 15.3.1; 2º Macabeos 4.7.

el caso de los verdaderos sumos sacerdotes de tiempos anteriores. Algunos demostraron gran valor e integridad, como Abiatar al ayudar a David (1° Samuel 23.9–14). Puede que Aarón, el progenitor del puesto, haya sido escogido, al menos en parte, por su integridad y también por su relación con Moisés.

La escogencia y aprobación del sumo sacerdote de parte de Dios fue enfáticamente enseñada cuando se castigó a los que no calificaban y buscaron servir como sacerdotes. Números 16.1–35 habla de tres hombres que trataron de posar como sacerdotes y fueron severamente castigados. Saúl alegó diciendo: «Me esforcé» (1° Samuel 13.12), para fungir como sacerdote, sin embargo, eventualmente pagó con la pérdida de su vida y su reino. El rey Uzías intentó ofrecer incienso en el templo y fue castigado con lepra (2° Crónicas 26.16–21).

El requisito en cuanto a ser «llamado por Dios» (vers.º 4) no tiene nada que ver con la escogencia de predicadores ni de ancianos en la iglesia hoy. Tampoco tiene nada que ver con cierto «llamado interno» que muchos profesan recibir hoy. En los días de los apóstoles, los ancianos y evangelistas podían ser escogidos y nombrados directamente por el Espíritu Santo, lo cual podría estar sugerido en Hechos 20.28 (vea también Hechos 13.1–3).¹³ Los requisitos dados por el Espíritu se encuentran registrados en 1ª Timoteo 3.1–7 y Tito 1.5–9. Cuando se encontraban a hombres que reunían los requisitos del Espíritu, estos eran nombrados en el puesto. La misma práctica ha de ser seguida en la iglesia hoy.

Fue necesario comparar el sacerdocio de Cristo con el sumo sacerdocio de Aarón, para demostrar la excelencia y superioridad del ministerio de Cristo sobre la de cualquier sacerdote humano. Él es nuestro mediador, nuestro amigo celestial, nuestro sacrificio supremo por el pecado y al que Dios nombró para servirnos. Gocémonos por lo que tenemos y retengamos nuestra profesión de fe.

¹³ Los hombres escogidos en Hechos 6.1–7 para servir a la iglesia fueron escogidos por esta de acuerdo los requisitos revelados por el Espíritu Santo. Por lo tanto, podría decirse que los Siete fueron colocados por el Espíritu Santo en sus puestos de servicio, pese a que fue hecho indirectamente. El Espíritu escogió a los Siete mediante el establecimiento de principios de carácter que la iglesia había de usar al hacer la escogencia. Pese a que los Siete no fueron llamados «diáconos», su labor de *ministrar* se describe mediante una forma verbal de la misma palabra que quiere decir «diácono», «siervo» o «ministro».

UN SUMO SACERDOTE EFICAZ (5.1, 2)

Un sumo sacerdote había de ser un hombre de entre los hombres, nombrado por Dios. Había de ofrecer sacrificios por el pecado, tratando al ignorante y descarriado con paciencia.

Aarón cumplió bien con los requisitos anteriores. Él y Moisés cayeron sobre sus rostros como señal de dolor por las acciones de Israel al rehusar entrar a Canaán. Les rogaron a los que se habían desviado, los que se estaban rebelando contra Dios y contra los líderes que Este había asignado para el pueblo (Números 14.5).

La labor del sumo sacerdote consistía en servirle al pueblo, ayudándoles a deshacerse del pesar, del dolor y de la culpa. Le explicaba al pueblo el significado de cada sacrificio, ayudándoles de esta manera a lidiar con sus pecados y a aceptar el perdón. Aarón, junto con Moisés, le rogó a Dios que perdonara a Israel (Números 14.11–19). Dios contestó esa oración, sin embargo, no permitió que los culpables escaparan del castigo temporal de muerte por sus pecados (14.20–24).

EL CONOCIMIENTO QUE TENEMOS DE DIOS (5.1, 2)

El conocimiento que tenemos de Dios nuestro Padre nos llega por medio de la revelación de Jesucristo como nuestro Sumo Sacerdote. Gran parte de ello se encuentra únicamente en Hebreos. Conocemos a Dios porque le vemos a Él y a Su carácter manifestado en Cristo (Juan 14.5–11; Colosenses 2.9). Conocemos a Cristo por fe mediante el estudio de la Palabra, no por alguna «experiencia personal ni cercana» que hayamos tenido con Él.

El cristiano no cuenta con una «experiencia» directa que provenga del Padre, ni del Hijo, ni del Espíritu Santo. El Señor no nos habla ahora directamente de la forma en la que les habló a los apóstoles inspirados por el Espíritu en el siglo primero. Muchos añoran una «experiencia personal o cercana» con Dios, sin embargo, este deseo se basa en una emoción, y no en las Escrituras.

Nunca una revelación divina o milagro se presentó por sí sola, ni Dios espera que creamos por el hecho de que una persona alegue haber tenido una experiencia «divina». Pablo pudo respaldar sus afirmaciones con «las señales de apóstol» (2ª Corintios 12.12). ¡Hoy las personas no pueden hacer eso!

CÓMO TRATAR CON PACIENCIA AL IGNORANTE Y AL EXTRAVIADO (5.2)

Entre los estoicos, la paciencia para con los pecadores habría parecido vana. Creían que era necesario no tener pasión ni compasión. La actitud de ellos para con el apasionado era que, «Son una molestia para una sociedad bien ordenada».¹⁴ La iglesia, sin embargo, ha de estar siempre, como estuvo Cristo, preocupada por las personas «caídas y [...] paralizadas» (12.12, 13). Un sumo sacerdote, que se destacaba entre los hombres, había de tener una compasión sensible por quienes estaban constantemente necesitando de ayuda.

En efecto, hay pecadores obstinados; sin embargo, muchas otras almas descarriadas son «como ovejas que no tienen pastor» (Mateo 9.36). Hemos de tener compasión de ellos, considerándonos a nosotros mismos para que no seamos también tentados (Gálatas 6.1, 2). Puede que deseen regresar a Dios, y aún así no puedan encontrar por sí solos el camino. Si bien la obligación a ser «pastores» para con los cristianos débiles constituye un deber especial de los ancianos (13.17), la tarea de ayudar a los hermanos que se equivocan es encomendada a cada cristiano.

La labor de los ancianos y los evangelistas tiene algunas similitudes con la de los verdaderos sacerdotes del Antiguo Testamento. Los que están al frente de la iglesia de Dios tienen que satisfacer las necesidades de las personas que están a su cargo. La labor de un siervo líder va más allá de decirle a la congregación aquello que los motive. El predicador de la Palabra no ha de ofrecer meramente «... buenos consejos [...], ni ideas brillantes y útiles en cómo ser feliz, ni en cómo influenciar, ni tener éxito. Ha de hablarles de parte de Dios».¹⁵ El deber diario de los ancianos y predicadores es orar por su pueblo por nombre.

La mayor necesidad que enfrentan los líderes de la iglesia es ir a los miembros tan pronto se hace evidente un problema o debilidad. Para tratar de una manera eficaz con el ignorante y el extraviado, hay que buscar al hermano que esté desviándose, denunciar el pecado ante él y orar humildemente con él, pidiendo fuerzas para vencer. ¡Es muy fácil ser indulgente, y muy difícil tratar el pecado de una manera apropiada!

Así como el sumo sacerdote tenía sus propias debilidades, también las tenemos nosotros. Tenemos

¹⁴ Guthrie, 125–26.

¹⁵ J. Harry Cotton, «The Epistle to the Hebrews: Exposition», en *The Interpreter's Bible (La Biblia del traductor)* (Nashville: Abingdon Press, 1955), 11:641.

que acercarnos al que se equivoca teniendo eso en mente. Gálatas 6.1, 2 contiene un mandamiento urgente que tiene que cumplirse y dice: «... [considérate] a ti mismo, no sea que tú también seas tentado». El que es joven casi nunca tiene el valor de amonestar a un pecador de una manera compasiva. Los ancianos y ministros más adultos tienen que aceptar esta responsabilidad. El pecador está enfermo internamente, deseando a menudo que se le guíe. Puede que haya seguido un ejemplo débil. Cada anciano, de hecho, cada cristiano maduro, debe señalar el camino a la justicia con palabras alentadoras. Jamás seamos demasiado severos; *todo* lo que dice Gálatas 6.1, 2 tiene que ser obedecido. Las advertencias tienen que ser dadas con mucho cuidado.

LA HONRA ES DE DIOS (5.4, 5)

Los requisitos de un anciano son presentados en 1ª Timoteo 3.1, diciendo: «Si alguno anhela obispado, buena obra desea». Este deseo no es un requisito; lo «necesario» viene después de haber mencionado el deseo y aplica a lo que a continuación se estipula en el texto. El hombre que de forma abierta busca este puesto normalmente tiene el interés de recibir honra, y no el deseo de servir. Ciertamente, ser anciano es una «buena obra», y uno debería aspirar a tener los requisitos dignos del puesto. Sin embargo, el que «hace campaña» para un puesto en la iglesia exhibirá un punto de vista equivocado acerca de las funciones de los ancianos y diáconos. Dejen que otros escojan a la persona si creen que tiene los requisitos; su tarea es servir con alegría.

El papel del anciano o del diácono viene acompañado de poco reconocimiento público. Los que aceptan estos cargos deben estar dispuestos a esperar ser honrados por el Príncipe de los pastores de las almas (1ª Pedro 5.1–4). Cristo no buscó Su propia exaltación; más bien, dejó que Dios anunciara Su Señorío y lo nombrara (Hebreos 5.5, 6). No «se glorificó a sí mismo» (vea Juan 8.54; 17.1, 5; Hechos 3.13).

Nadie debería atreverse a actuar como anciano sin la aprobación de la iglesia. La congregación ha de escoger a sus propios ancianos (Hechos 6.3). El grupo de ancianos que agregue a alguien por amistad o parentesco, sin que reúna los requisitos, pagará caro por tal acción. Puede que evoque resentimientos o incluso cause que personas abandonen la iglesia.

Las reglas antiguotestamentarias para los sacerdotes no son los mismos requisitos para los ancianos del Nuevo Testamento, sin embargo, los principios de Dios para la obediencia son los mismos. El líder cristiano ha de guardar los lineamientos de Dios, sea que estos se den de forma explícita o implícita.